Alejandro von Humboldt e Ibero-América

Por H. P. Frhr. v. Humboldt-Dachroeden

El viaje realizado por Alejandro de Humbodt en los años 1799 a 1804 a gran parte de Centro y Sur-América constituye para las relaciones entre Hispano-América y Alemania, y para una gran parte de las naciones europeas, una época de trascendental importancia, como que a veces se le ha considerado como el segundo descubridor científico del Nuevo Mundo. Desde este punto de vista parece que la Providencia fue quien dirigió su viaje de exploración, que no perseguía sino fines puramente científicos, en los países arriba mencionados. Sabido es que sus planes se dirigían primeramente a Egipto y al próximo Oriente, tomando luégo parte en el viaje mundial del Capitán Baudin proyectado por el Directorio francés. De seguro también que en la realización de estos planes, dadas sus grandes capacidades, sus sólidos conocimientos científicos y su rara perseverancia, hubiera realizado una labor de importancia, pero que apenas hubiera alcanzado su obra la importancia general que tuvo el viaje a tierras de América. Los acontecimientos belicosos de aquellos tiempos lo alejaron de Italia y Oriente para obligarlo a encaminarse para España.

En aquel entonces, cuando no babía ferrocarriles ni automóviles, ni mucho menos aeroplanos, se viajaba de muy distinta manera de como se hace en la actualidad, y nada carecteriza tanto a Humbold, como la carta que el 29 de abril de 1799 escribió desde Aranjuez a su amigo Wildenow, diciéndole, entre otras cosas: «El viaje (desde Marsella) lo hice casi todo a pie, recorriendo la costa del Mediterráneo y pasando por Cette, Montpellier, Narbonne, Perpiñán, los Pirineos y Cataluña hasta Valencia y Murcia, llegando luégo a ésta después de haber atravesado la alta llanura de la Mancha». Ya entonces se mostraba en él la tendencia, característica para todo el trabajo de su vida, de combinar vastas ideas generales con un esmeradísimo y menudo trabajo, elevadas finalidades con una aplicación intensa. A ello hay que agregar su conducta sin tacha, de hombre de mundo, que le abría todas las puertas, hasta la más inaccesible.

Hay que tener presente que España venía cerrando recelosamente desde hacía siglos sus colonias americanas al trato de otros pueblos y que hasta entonces no habían sido sino muy pocos los viajeros y científicos que habían recibido un permiso limitado para explorar Centro y Sur-América, prescindiendo de que Humboldt, protestante, llegaba a un país esencialmente católico. Gracias, especialmente al apoyo del ministro plenipotenciario sajón en la Corte de Madrid, señor von Forell, logró, sin embargo, que los Reyes le concedieran por intermediación del ministro liberal don Mariano Luis de Urquijo el permiso para viajar a su costa por las colonias españolas de América. Hé aquí lo que el propio Humboldt escribe acerca de esto: «En marzo de 1799 fui presentado a la Corte en Aranjuez, el Rey se dignó .acogerme con mucha bondad. Nunca se había concedido a un viajero un permiso más ilimitado, nunca había sido honrado un extranjero con tanta confianza de parte del gobierno español».

En la travesía, realizada por Humboldt desde la Coruña junto con su amigo el botánico Aimé Bonpland, no sólo subió el Pico de Teyde en Tenerife, sino que también hizo sin interrupción observaciones científicas de la naturaleza. No deja de llamar la atención que haya sido otra vez una circunstancia exterior, el haber sobrevenido en el velero «Pizarro» una enfermedad tifoidea, la que haya obligado a los viajeros a apartarse del camino elegido primitivamente y desembarcar en el

Rosario Archivo Histórico

próximo puerto Cumaná en vez de continuar para Cuba. De aquí llegó a poco a Caracas, desde donde emprendió las más varias inspecciones acompañadas de exploraciones geográficas, botánicas, meteorológicas y otras de orden científico. Emprendió luégo el penosísimo viaje por Calabozo y San Fernando de Apure hacia una región habitada entonces por unos cuantos misioneros y que en los mejores mapas modernos sólo presenta sitios vacíos. Al final del Atabapo la piragua en que iban Humboldt y Bonpland tuvo que ser llevada a cuestas por una lengua de tierra de más de un kilómetro de ancho; de aquí llegaron, atravesando el Cañón Pimichin, al Río Negro y hasta la frontera del Brasil. Afortunadamente abandonaron el plan de seguir hasta el río Amazonas, pues las autoridades brasileñas habían dado orden de prender a los exploradores al pisar territorio brasileño y apoderarse de sus instrumentos, apuntes, etc., por creer que la expedición era peligrosa para el Estado. Es cierto que estas órdenes fueron desaprobadas posteriormente por el ministerio portugués en Lisboa, pero esto, dada la lentitud de las comunicaciones en aquellos tiempos, les hubiera servido de poco a los exploradores, quienes regresaron por el Casiquiare al río Orinoco y comprobaron lo que por espacio de medio siglo había sido bastante discutido, o sea la bifurcación del Orinoco y del Río Negro, que fue considerada por Humboldt como el objetivo principal de su viaje por aquellas regiones, las cuales—según él mismo dice—se encontraban entonces en estado completamente virgen. Los exploradores habían escapado a todos los peligros que les amenazaban de parte de los animales salvajes, culebras, cocodrilos, venenos de los indios, etc., pero habían sufrido gravemente a causa del clima y los mosquitos y llegaron muy fatigados a Angostura (llamada ahora Ciudad Bolívar), antigua capital de la Guayana española, donde fueron recibidos y acogidos con

mucha amabilidad por el Gobernador don Felipe de Ynciarte.

Después de un aventurado viaje a bordo de un barco contrabandista cargado de cacao llegaron los exploradores nuevamente a Cumaná, donde fueron recibidos con muestras de alegría por sus amigos. De aquí partieron para Cuba, pasando por Nueva Barcelona y necesitando para la travesía nada menos que 25 días, tiempo que nos parece increíble en nuestra época actual. Como en todas partes, así en Cuba se dedicaron Humboldt y Bonpland a profundos y detenidos estudios, y ya estaban para dirigirse a México para proseguir el viaje a las Filipinas y regresar de nuevo a Europa cuando un periódico publicó la noticia de que el Capitán Baudin se hallaba en camino hacia el Océano Pacífico en un viaje que pensaba hacer alrededor del mundo. Como Humboldt le había prometido a éste acompañarlo en su viaje, a cualquier parte del mundo que fuese, decidióse, contra los consejos de sus amigos, dirigirse a la costa occidental de Sur-América. Las contrariedades de la vida lo llevaron a Cartagena, siguiendo después el viaje por el Magdalena, la estancia en Santa Fe de Bogotá, Popayán y Quito, la ascensión del Volcán Pichincha y el Chimborazo. En este viaje lo acompañaba, además de Bonpland, don Carlos Montafor, un español de las colonias muy entusiasta de las ciencias y que en 1811 fue víctima de luchas políticas. La ascensión del Chimborazo, la más alta que había realizado hasta entonces un europeo, aportó una cantidad de material científico de suma importancia. Habiendo averiguado aquí Humbold que Baudin había seguido una ruta distinta a la proyectada al principio, se dirigió a Loxa, al Amazonas, a Trujillo y a Lima, atravesando 5 veces los Andes por los antiguos caminos de los Incas. A Lima llegó a tiempo, como se había propuesto, para observar el paso de Mercurio delante

Universidad del Rosario Archivo Histórico

del sol, queriendo la suerte que precisamente aquel mismo día se disipase la espesa niebla que suele cubrir la ciudad de Lima. Aquí observó y determinó Humboldt la corriente del Polo sur que se extiende a lo largo de la costa occidental de Sur América y que desde entonces lleva su nombre. Permaneció aquí hasta el año 1803 y en seguida salió para Guayaquil para continuar hasta el puerto mexicano de Acapulco, donde hubo de quedarse algún tiempo ante la imposibilidad de pasar los distritos costeros azotados por la fiebre; dirigióse poco después a la capital mexicana y tuvo oportunidad de recorrer el país en todas direcciones, visitando las minas de Morán y Real del Monte, dedicándose por espacio de dos meses a estudios geognósticos en la ciudad minera de Guanajuato, descendiendo con Bonpland unos 250 pies por el cráter central del volcán aparecido en una noche en 1759 y que seguía echando humo por unas 2000 aberturas. En enero de 1804 volvió a emprender otro viaje bastante largo, examinando el lado oriental de las Cordilleras de México, midiendo trigonométricamente la altura de los volcanes Popocatepelte, Iztaccihuatl y la de las pirámides de Cholula. Finalmente los exploradores se embarcaron en Veracruz, recogieron las colecciones que habían dejado en la Habana en 1800 y a los 32 días de navegación llegaron a Filadelfia. Permanecieron dos meses en los Estados Unidos y después de efectuar estudios detenidos acerca de las condiciones de los Estados y de la vida del pueblo llegaron a Burdeos en agosto de 1804.

París era entonces el centro científico de Europa, singularmente de quienes se dedicaban al estudio de las ciencias naturales. Humboldt esperaba aprovechar aquí debidamente sus colecciones. Careciendo aquí de espacio para apreciar el verdadero valor de su labor científica y los éxitos alcanzados por Humboldt en aquella época, bastará repetir lo que dijo un biógrafo acerca

de este viaje, sin ejemplo en la historia de los pueblos, «la empresa más grandiosa de un particular alemán y un sacrificio hecho únicamente en interés de las ciencias».

Los cinco años que Humboldt permaneció en Centro y Sur América son asimismo de suma importancia desde otro punto de vista, hallándose estrechamente relacionados con la amistad que trabó con numerosas personalidades del mundo colonial español. En Venezuela, que más tarde llegara a desempeñar un papel de importancia para el desarrollo político de aquel continente, matuvo gran amistad con las primeras familias del país: con los Ustáriz, los Torres, Avila, los Soublettes, Montilla, los Sanz y otros, que le dieron hospitalidad en sus haciendas. Don Andrés Bello lo acompañó en el Avila, y la familia del que más tarde fuera General Ibarra lo recibió en su hacienda «Bello Monte», donde Humboldt, según él mismo cuenta, creyó encontrarse en un palacio encantado el día de los Reyes. En sus futuros viajes tuvo cuidado de buscar a personalidades destacadas, especialmente a hombres de ciencia, que pudieran ayudarlo en sus estudios. De todas suertes hay que suponer que a estas relaciones se debe el que Bolívar haya buscado a Humboldt en París durante su permanencia en dicha ciudad. El joven venezolano, según cuenta Cornelio Hispano en su «Libro de Oro de Bolívar», preguntóle a Humboldt si en vista de sus muchas observaciones durante su viaje no creía que había llegado ya el momento de que el Imperio colonial español se separase de la Metrópoli y declarara su independencia. Humboldt le respondió: «Creo que la fruta está ya madura, mas no veo al hombre que fuera capaz de resolver tal problema». Continuando luégo el siguiente coloquio: Bolívar: «¡Tal vez lo encontremos!» Humboldt: «¿Regresa usted ahora al Continente?» Bolívar: «Sí, señor, buscaré a este hombre en

Rosario Histórico

mi patria». Humboldt: «¿Y si no lo encuentra»? Bolívar: «Lo educaremos». Humboldt: «Que le den fuerza divina para tan grande empresa». Bolívar: «En los momentos en que los pueblos sienten la necesidad de ser libres, son tan poderosos como Dios, porque es Dios quien los inspira».

23 años después de la muerte de Bolívar sostuvo Humboldt en Berlín una conversación con el General inglés O'Leary, amigo y compañero de armas de Bolívar, que lo fue a visitar por encargo del Ministro inglés Lord Clarendon para hablar con él acerca de un canal interoceánico por el Istmo de Darién.

Lograda la independencia, Humboldt siguió la correspondencia con Bolívar y le expresó su admiración. 15 años después de haberse visto en París le envió la siguiente carta: «La amistad con que hubo de honrarme el General Bolívar después de mi regreso de México, en una época en que abrigábamos las más íntimas esperanzas por la independencia y la libertad del nuevo continente, me permite esperar que en medio de los triunfos que se coronan con la gloria basada en los grandes y difíciles hechos recibirá el Presidente de Colombia con interés el homenaje de mi admiración y mi veneración amistosa». En otra ocasión dice Humboldt:

«En medio de los grandes y nobles hechos de Vuestra Excelencia que constituyen la admiración de ambos hemisferios, su corazón sigue siendo susceptible a las manifestaciones de la amistad. Las cartas de Vuestra Excelencia me lo han demostrado, las conservo como un valioso signo de la benevolencia de V. E. para conmigo como el más hermoso título de gloria de una vida consagrada a defender con armas seguramente muy débiles los progresos de la razón y de una sabia libertad. Una voz interior me dice que nos volveremos a ver en esta vida, pero en aquel continente que debe su libertad no tanto a la gloria de las armas de Vuestra Excelencia como a la noble moderación de su alma, y donde espero terminar mis días». Esta esperanza no llegó a cumplirse, mas las cartas muestran con cuánto interés seguía Humboldt el desarrollo político de los nuevos Estados ibero-americanos. Se daba cuenta seguramente de que el viaje americano le había servido en gran medida para llevar a cabo el sueño de su juventud, es decir, la descripción física del mundo en la obra de su vejez, el Cosmos.

A una aplicación incansable y a una capacidad de trabajo infatigable y conservada hasta la máxima edad senil añadía, según dice el biógrafo Bruhns, un entusiasmo ideal y casi poético. De aquí que el lema de su vida ha sido siempre:

«El hombre ha de querer lo grande y bueno».

Universidad del Rosario | Archivo Histórico